

Juan Luis Nutte, *Cuerpos pánicos*, Ciudad de México, Ediciones de Autor, 2018, 83 págs.

Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.10.2019.XVII-XIX>

Alejandro Jodorowsky, Fernando Arrabal y Roland Topor —este último participó en el filme clásico *La planète sauvage*—, en la década de los sesenta, comenzaron con el llamado Movimiento pánico. Hago mención de ello por referencia al título del libro, el cual está constituido por tres elementos importantes —al igual que el movimiento propuesto por Jodorowsky, Arrabal y Topor—, que son el terror, el humor y la simultaneidad. Juan Luis Nutte recurre a estos elementos en los distintos cuentos que nos presenta, caracterizados por su brevedad, semejante a los *happenings* organizados en distintas urbes por ellos, porque el libro está constituido sólo por cinco narraciones: *Aquí ya nada es igual*; *Irina*; *La espuma del crepúsculo*, *Kari* y *El don de Midas*.

Lo onírico y ambiguo, con similitud en el movimiento pánico y, asimismo, la visión en ocasiones cruel y satírica de la vida, se exhiben desde el inicio de la primera historia de este compendio, intitulada *Aquí ya nada es igual*: “Desperté como una lagartija entumecida. Mis músculos tensaban y distendían sus fibras para desgarrar el letargo y conseguir calor. Cuando logré espabilarme, lo primero que inundó mi mente fue que estaba ciego” (pág. 13).

El autor, al retomar los elementos mencionados líneas atrás, los relaciona con el cuerpo, y en algunos momentos se dejan ver reminiscencias de la idea de George Bataille sobre el erotismo en el cuerpo, donde la misma trasgresión es parte fundamental para ambientar y colocar atmósferas en el acto que está por llevarse o se llevó a cabo: “Luego siguieron más patadas que golpe a golpe fueron clavándome bajo la puerta. Era obvio que mis verdugos no se percataron de la ayuda que me daban. Mi cuerpo se contrajo, se adelgazó ajustándose a la rendija y me deslicé penosamente, como una culebra entre guijarros ardientes bajo el resquicio de la puerta; mi piel supuraba una especie de gelatina que lubricó mi fuga” (pág. 25).

Por medio de las atmósferas, Juan Luis Nutte logra introducirnos en las historias, y la manera de narrarlas permite que el lector disfrute del texto al tocar y observar algunas líneas, como las siguientes: “Mis ojos, adaptados a la penumbra, pescaron una aguja de luz que se alargaba lenta, en una sola trayectoria, sin revelar la habitación, inyectando un poco de seguridad. Yo

permanecía en el suelo y ese flaco destello alimentó lo suficiente mis pupilas para entrever el entorno” (pág. 18).

En algunos cuentos, como en el citado párrafos atrás, nuestro narrador nos deja con la ambigüedad de la identidad del protagonista, semejante a los descritos por Amparo Dávila en su trabajo literario, solo que, en el caso de Juan Luis Nutte, el estilo en la forma de escribir es distinta y hace uso de otros elementos, los cuales también juegan un papel importante. Uno de ellos es la manifestación de una especie de locura momentánea que funciona como un sistema de defensa frente a un mundo donde los valores también son ambiguos y guían a la misma sociedad —de la cual el individuo es parte— a una crisis de principios morales e indolencia, que hundan a los personajes en una soledad en la que la compañía de otros solo funciona para que el vacío sea más profundo: “Pero las angulosas falanges de Irina mordieron la palma de mi mano, hundiendo las uñas. Por un momento me sentí culpable, conmovido, y se me hizo más querida...”. (pág. 30)

En las obras del movimiento pánico, las historias son ambiguas y con toques surrealistas y fantásticos, pero en el fondo sólo son una nebulosa donde se aloja una realidad: esa verdad que habita en el inconsciente y que es arrojada hacia fuera de disímiles formas, de manera que lo sutil, lo gracioso, lo dramático, lo absurdo y lo violento son solo estructuras para crear la historia. De la misma forma, el autor nos está exponiendo su verdad por medio de historias donde lo real, en algunos casos, parece fuera de contexto y, sin embargo, en el fondo persiste una realidad que es difícil de concebir y tiene que esconderse entre los riñones, el hígado, los pulmones y las vísceras, como una manifestación de lo que la realidad, convertida en silencio, puede provocar. Como una metástasis que se detona desde el ombligo.

En este libro el cuerpo es un receptáculo de su mismo movimiento, de todo aquello que consume: de la ciudad, de las personas, de las nebulosas, de los contingentes, de las palabras, de los gemidos, de la oscuridad y del deterioro. Dinámica que se introduce en el mismo cuerpo y transforma en fluidos, mucosidades que semejan una especie de líquido fantasmal que es en lo que se perciben al final del día: “Casi autómatas, comíamos y dormíamos sólo porque así lo demandaba nuestro organismo” (pág. 42).

El mismo cuerpo es un reflejo de la imposibilidad de ser, de la inestabilidad que condiciona lo material al alma, que desea emerger libre y que se ve aprisionada entre carnes, huesos y vísceras y avasallada por temores, incertidumbre y deseos frustrados: “No podía pensar con claridad, pero algo en mí bregaba para obligarme a hacerlo. Y otra parte me seducía a la liviandad, anhelaba dejarme ir, flotar, abandonarme, vagar, emerger...” (pág.

38). Al mismo tiempo se nos induce a una reflexión profunda donde concientizamos que, al final, nada nos llevamos de aquí, ni siquiera nuestro cuerpo, que lo sentimos tan nuestro: “Y sé que todo esto que me colma y jode ha sido por leerme a mí mismo. Y sólo yo sé que jamás sabrán de mí. Ni yo mismo sabré de mí... Mi muerte será vivir con el categórico olvido de mí mismo” (pág. 83).

El libro, desde mi punto de vista personal, es una creativa propuesta literaria a partir de una admirable ejecución prosística que invita a todos aquellos que gustan de la fantasía que provee la realidad a internarse en sus páginas, para navegar dentro de sí mismos a través de los personajes que crea el autor. Es la mirada de lo otro por medio de lo que habita dentro del cuerpo y muestra todos aquellos deseos, frustraciones, defectos y virtudes que, en ocasiones, se transforman en algo irracional y grotesco, y que, sin embargo, revelan al mismo ser humano.

OBED GONZÁLEZ

Asociación de Escritores de México A.C. (México)

[tn\\_obed@yahoo.com.mx](mailto:tn_obed@yahoo.com.mx)